

Renzis Balthán

Manuel Rodríguez

Biografía
de un Rebelde

P P P

publicaciones peldaño

El autor
y su obra

Renzis Balthán es el seudónimo del escritor Enrique Sanhueza Beltrán, novelista y dramaturgo. Nació en Valparaíso. Estudió filosofía y arte. Viajó por el continente, sirviendo el oficio de periodista, y por un tiempo estuvo dedicado a la enseñanza. Redactó los temas de filosofía y religión para la Enciclopedia Chilena. Como Renzis Balthán, escribe en *Clarín* temas que analizan la conducta y psicología del chileno. Ha publicado la novela *Caminos equivocados* y es autor de *Más allá de la galaxia*, pieza teatral que esboza una síntesis del mundo de hoy.

En *Manuel Rodríguez, biografía de un rebelde*, que PUBLICACIONES PELDAÑO presenta a estudiantes y trabajadores, Balthán comprueba que el genio del Guerrillero se encontraba en el carácter del pueblo que protagonizó los hechos de la Independencia. De esta manera, el héroe popular es el mejor exponente de la psicología

(Continúa en la otra solapa)

I N D I C E

	Pág.
El dardo encendido	5
Pequeña historia de una loca geografía	6
El mitin de los viajeros	9
Radiografía de la raza	11
El llamado a las armas	14
El desfacedor de la Reconquista	16
Que viene galopando / Manuel Rodríguez	17
Cruzando por San Fernando / Amaneciendo en Pomaire	20
En Tiltil lo mataron / Los asesinos	24
Juicio de la Historia	26
Camino del Guerrillero	26
Bibliografía	31

© Renzis Balthán
Inscripción N° 41.361

PUBLICACIONES PELDAÑO
Echeñique 7331
Santiago de Chile

1ª edición, 1973

Tirada: 3.000 ejemplares.

TEXTOS DE DIVULGACION CULTURAL

Director: Hernán Llanos Magallanes
Coordinador general: Víctor Hugo Gutiérrez Lobos

Encuadernadora Hispano-Suiza Ltda.
Santa Isabel 0174, Santiago.

EL DARDO ENCENDIDO

La personalidad de Manuel Rodríguez ha sido objeto de continua e intensa idealización. En él se dio, en forma pura, el tradicional desprecio que el pueblo siente por toda forma de gobierno y el deseo de continuo cambio, el cual se materializa en el ansia de novedad adscrita a la sicología del chileno. Mientras actuó, el heroico Guerrillero de la Independencia lo hizo sin ambiciones personales. En esto se diferenció de Bernardo O'Higgins y José Miguel Carrera. Cuando Rodríguez derribaba un gobierno, simplemente lo derribaba, sin desear la utilización del poder en beneficio propio.

En otro orden de cosas, el Guerrillero encarnó el alma del pueblo. En él se dieron las virtudes y defectos del temperamento nacional. Fue audaz, lleno de coraje, astuto, generoso y aventurero. Amó a muchas mujeres, sin entregar jamás el corazón a creatura alguna. Su corazón lo había entregado a la Patria, aquello intangible que explica a una nación y en sí es para el héroe madre, amante e hija a la vez: tres expresiones del eterno femenino. A San Martín le escribió una vez: "No quiero desamparar a Chile, hasta morir o verlo libre". Y añadió: "Yo revuelvo a Chile de un modo que ni el diablo lo entiende. No tengo cuidado, ni usted lo tenga por mi sacrificio. De esto hace un año. Pero si escapo, como lo creo, caerán los esclavos". En otra carta expresó: "Hasta aquí me ha ayudado la fortuna. ¿Por qué habría de desampararme al fin? . . . A Chile no le encuentro otro remedio que el palo. Es preciso inocular materialmente el sistema de la libertad".

Por todo esto, la figura de Manuel Rodríguez es querida por el pueblo. De una manera u otra, cada chileno que ama

a la Patria y desea su engrandecimiento se ve reflejado en el Guerrillero.

La mejor expresión de Manuel Rodríguez es su estatua que se alza al comienzo del Parque Bustamante en Santiago. La desaparecida escultora Blanca Merino inmortalizó en el bronce la figura legendaria del Guerrillero. El héroe, caballero en el viento, es un dardo encendido. No lleva espada. En la mano derecha empuña la antorcha de la libertad. Tanto su figura como el brioso alazán son un grito de emancipación.

A fin de facilitar la comprensión del rol histórico que vivió Manuel Rodríguez, parece oportuno reseñar primero la trayectoria del pueblo chileno durante la formación del carácter patrio, aquello que define su personalidad y lo individualiza en el resto de las naciones del continente.

PEQUEÑA HISTORIA DE UNA LOCA GEOGRAFIA

A comienzos de la Guerra de Independencia, el Reino de Chile abarcaba el territorio comprendido entre el Desierto de Atacama y el Archipiélago de Chiloé. La Patagonia era zona apenas explorada y de la Antártida se tenía conocimiento por las crónicas de la Conquista. Habían transcurrido 275 años desde que Almagro descubriera el país y 270 años desde que Pedro de Valdivia lo conquistara para la corona española. La expedición de Almagro había partido del Cuzco y comprendía 570 españoles y 15.000 indios al mando de Paullu, hermano del Inca Manco Capac. Almagro avanzó hasta el valle de Coquimbo y todavía un poco más al sur. Allí fue resistido por los indios promaucanos, en el mismo lugar donde un siglo antes habían sido detenidos y vencidos los invasores incas.

La expedición de Valdivia estaba compuesta por 200 españoles, un grupo indeterminado de yanaconas peruanos y algunos frailes. Valdivia invadió Copiapó, Coquimbo, Quillota y Melipilla. Arribó al valle del Mapocho en diciembre de 1540. El 12 de febrero de 1541 echó los cimientos de la

ciudad de Santiago. El móvil de la expedición de Almagro había sido el oro, el cual consiguió en Coquimbo y alrededores. El móvil de Valdivia fue principalmente la extensión de los dominios del monarca español, su señor natural, aunque en Quillota logró también mucho oro.

Desde entonces se produjo un rápido mestizaje, con el aporte creciente de sangre española y la paulatina disminución de la sangre indígena. Los araucanos opusieron una larga y tenaz resistencia a los conquistadores, los cuales fueron considerados advenedizos e invasores. El dominio español terminó ya entrada la República, después de las batallas de Pudeto y Bellavista en 1826, mediante el tratado de Tantauco.

El rápido mestizaje contribuyó a la formación de una raza nueva, la cual ha ido mutándose de continuo a causa de sucesivas corrientes inmigratorias de Europa, con aportes alemanes, franceses e ingleses principalmente. Hoy en día, el chileno medio exhibe los rasgos físicos del español, una cultura europea y un sustrato indígena que lo entronca al resto de América Latina.

La cultura del chileno vino de Europa. Hasta comienzos del siglo XIX la acción culturizante fue el resultado de la actividad docente de la Iglesia Católica y la contribución, inmediatamente anterior a los hechos de la Independencia, de ideas emancipadoras de la Revolución Francesa.

La acción culturizante de las órdenes religiosas estuvo dirigida por los jesuitas. Estos religiosos evangelizaron y educaron al pueblo chileno durante 174 años, desde su arribo en 1593, hasta su expulsión en 1767. La acción de las otras órdenes religiosas (franciscanos, agustinos, mercedarios y dominicos) no se interrumpió desde 1541 hasta el presente.

Una cultura se mide por las ciencias, las letras, el arte y la filosofía. En el pasado, Chile produjo historiadores como Olivares, Vidaurre y Rosales; filósofos como Viñas y Lacunza; y científicos como Molina, el abate. La literatura se desarrolló en forma tardía, una vez terminada la Guerra de

Independencia. En arte, la Colonia produjo obras de inestimable valor. Estas obras, algunas de las cuales se exhiben en el Museo de la Catedral de Santiago, causan admiración a los entendidos. El célebre cáliz de los jesuitas, la custodia de igual procedencia, la urna para la reserva del Jueves Santo y el frontis de plata labrada son piezas únicas en arte barroco y de magnitud jamás sospechada.

Desde 1553, año de la muerte de Pedro de Valdivia, hasta la abdicación del Gobernador Carrasco (julio de 1810), hecho que precipitó la voluntad de emancipación, la historia de Chile es una seguidilla de revoluciones.

Por el lado español, además de Valdivia y sus compañeros, destacaron Villagra, García Hurtado de Mendoza, Alonso de Ercilla, Martín de Loyola y Marcó del Pont, el último Gobernador de la Colonia. Por el lado araucano destacaron los toquis Michimalongo, Colo Colo, Lautaro, Caupolicán y Galvarino. En el lado chileno, además de los historiadores, filósofos, científicos y artistas, está el pueblo, cuya raza nueva iba a florecer en los patriotas de la Independencia: Mateo de Toro y Zambrano, Martínez de Rozas, Ignacio de la Carrera, José Miguel Carrera, Bernardo O'Higgins, Manuel Rodríguez, Freire, Camilo Henríquez.

En 1567 fue establecida en Chile la Real Audiencia, tribunal supremo compuesto por cuatro jueces y un fiscal. Presidía este tribunal el gobernador y capitán general del Reino y dependía de las Cortes, del Consejo de Indias y de la Inquisición, sistema tripartito ideado por España para el gobierno de los dominios de ultramar.

En 1586, los ingleses desembarcaron en Quintero y establecieron una colonia en Valparaíso y alrededores. En 1600, los holandeses desembarcaron en Arauco y fueron rechazados por los araucanos. En 1643 los holandeses volvieron a desembarcar en el territorio y se instalaron en Valdivia.

Hasta fines del siglo XVII el país se vio sacudido por las guerras de Arauco. Las revueltas culminaron con el levanta-

miento de los chilotes, los cuales iniciado el siglo XVIII volvieron a la obediencia española.

Desde 1707 a 1717, la guerra de sucesión en Europa abrió el comercio de Chile a los franceses, cuyos barcos llenaron las bahías. Desde entonces, Francia empezó a influir en la cultura del pueblo chileno.

En 1723, el recién elegido toqui Vilumilla concibió el proyecto de unir a todos los chilenos, mestizos y araucanos, a fin de expulsar a los españoles del territorio. Secretamente envió flechas a todas partes de Chile. En marzo de ese año fulguraron hogueras en las montañas de Coquimbo, Quillota, Rancagua, Maule e Itata. Sin embargo, este plan fracasó después de la destrucción de algunas ciudades.

En 1773 tuvo lugar la última revolución araucana, al mando del toqui Curiñancu. Después de una batalla sangrienta, Curiñancu y el gobernador Gonzaga firmaron la paz, estableciendo los límites del dominio español hasta la margen izquierda del río Bío-Bío.

En 1787, la corona española designó capitán general de Chile a don Ambrosio O'Higgins, nombrándolo más tarde Virrey del Perú. Este gobernante fue el padre de Bernardo O'Higgins, uno de los protagonistas de la Independencia y primer Director Supremo de la República.

EL MITIN DE LOS VIAJEROS

Los hechos de la Independencia tuvieron por escenario Santiago y las provincias del sur, lugares en donde el gobierno español era fuerte. Durante la emancipación, el país fue visitado por viajeros franceses, ingleses, alemanes, norteamericanos y holandeses. Algunos vinieron por negocios. Otros llegaron en cumplimiento de misiones militares. Unos pocos lo hicieron por curiosidad. Querían conocer un país que iniciaba "la guerra santa de la Independencia", epíteto vulgarizado en el continente para designar el movimiento emancipador. He aquí algunos nombres: Gabriel Lafond de Lurcy, capitán de la Marina Mercante francesa, quien visitó

Chile en varias oportunidades a partir de 1818. Este joven viajero estuvo a punto de quedarse en Chile, a causa de su enamoramiento con una bella joven de la sociedad santiaguina. El inglés Peter Schmidtmeier realizó un viaje a Chile a través de los Andes en 1820. El comerciante francés Julián Mellet hizo un largo viaje por América Meridional, entre los años 1802 y 1820. En Chile padeció el rigor de los realistas, que lo apresaron y quitaron su fortuna. La intervención de un juez chileno le devolvió la libertad y la parte del dinero que quedaba. William S. W. Ruschenberg, oficial de marina de los Estados Unidos, estuvo en Chile los años 1831 y 1832. Fue acogido con liberalidad por parte de la abierta sociedad porteña. También quiso quedarse. Sin embargo, los servicios militares le impidieron radicarse en el país. La escritora inglesa María Graham visitó Chile en 1822 y escribió el diario de su residencia. Con fina observación femenina describió los hechos de la naciente República y dibujó el mejor retrato psicológico de Lord Cochrane, su compatriota que vivía en Quintero.

Estos visitantes dejaron consignado en sus notas de viaje el escenario de la Independencia y bosquejaron la psicología del pueblo chileno. Emociona leer tales escritos y constatar lo poco y nada que ha cambiado el carácter nacional en más de 160 años; desde los días de la emancipación hasta el momento actual.

La población del país, en el decenio de la Independencia, alcanzaba aproximadamente a 150 mil habitantes. Hay quienes asignan la cifra de 200 y 250 mil. La mayor concentración poblacional estaba en Santiago, con 40 mil habitantes. Otro tanto ocurría en el norte, con 25 mil. No existía censo de población. Las cifras son estimativas. Peter Schmidtmeier contabilizó 80 mil habitantes, después de recorrer la casi totalidad del territorio y excluyendo la población indígena. En dicho cálculo, Valparaíso aparece con 2.700 habitantes y El Almendral, en ese tiempo aldea contigua a Valparaíso,

con 800 habitantes. Rancagua tenía 2.200; Colchagua, 1.800; Maule, 2.000; Concepción y Talcahuano, 10 mil.

El país estaba dividido en tres clases sociales: un grupo pequeño de terratenientes, una inmensa masa popular y un reducido número de comerciantes. Gabriel Lafond menciona los siguientes apellidos de la clase alta: Larraín, Rosales, Carrera, Aldunate, Toro, Irarrázaval, Alcalde, Valdés, Errázuriz, Luco, Rojas, Tagle, Cerda, Eyzaguirre, Guzmán, Lecaros, Solar, Prieto y Bulnes. Los extranjeros se ubicaban entre los comerciantes.

RADIOGRAFIA DE LA RAZA

La raza desarrollada en un país se describe y valora por la tipología que exhibe. En esta tipología entran, como constitutivos esenciales, las costumbres, el vestuario, las inquietudes, las diversiones y el modo de ser. El grado de consolidación de estos constitutivos señala la maduración del pueblo. Lograda dicha madurez, la raza que tipifica un pueblo rompe la dependencia de otra nación y se emancipa. Es lo que sucedió en 1810. El país estaba preparado para independizarse de España.

Los viajeros que visitaron Chile dejaron abundante descripción del carácter chileno en las crónicas de viaje. He aquí los rasgos más significativos de esta tipología:

Vestuario: Con la revolución, el vestido femenino sufrió un cambio pronunciado. El traje de las damas, antes grotesco y casi salvaje, se modeló a emulación del de las damas europeas. Este traje se conformaba a las modas inglesas y francesas, y era muy bien llevado por las delicadas señoritas. El traje de los hombres todavía exhibió mejor gusto (véase Alejandro Caldclough, *Viajes por Sudamérica durante los años 1819, 1820 y 1821...*, pág. 62, Imprenta Universitaria, Santiago, 1914).

El vestido del pueblo lo constituía el poncho y un pequeño sombrero, bajo el cual se amarraba frecuentemente un

pañuelo, cuya punta colgaba detrás (véase Caldcleugh, loc. cit.). Los arrieros llevaban calzones hasta debajo de la rodilla, botas o un par de rodilleras, o bien ojotas y grandes espuelas, cuyas rodajas medían tres y cuatro pulgadas de diámetro. El poncho cubría la parte superior del cuerpo, por delante y detrás. Una camisa de lana ordinaria ceñía el torso. El color del poncho era variado, con listas de flores y figuras de fantasía. Las rodilleras eran de lana oscura y aseguradas debajo de las rodillas por un par de ligas con borlas, todo lo cual daba al individuo un aspecto *sui generis* de lo más raro (véase William Ruschenberg, *Noticias de Chile*, pág. 23, Editorial del Pacífico, Santiago, 1956).

Diversiones: El pueblo se divertía en las fondas o chinganas, levantadas en el barrio La Chimba y en cualquier sitio más o menos privado. Allí el pueblo gozaba extraordinariamente en haraganear los días festivos y domingos, comer buñuelos fritos en aceite y beber diversas clases de licores, especialmente chicha, al son de una música bastante agradable de arpa, guitarra, tamborín y triángulo, que acompañaban las mujeres con canciones ya amorosas o patrióticas (véase María Graham, *Diario de mi residencia en Chile en 1822*, pág. 108, Editorial del Pacífico, Santiago, 1956). Se bailaba la zamacueca, la perdiz, el cuando y diversos corridos. Julián Mellet describe una danza animada "muy lasciva, que se baila mucho y se llama *lariate*, nombre derivado de los indios . . . Este baile tiene lugar al son de la guitarra y del canto. Los hombres se colocan frente a frente de las mujeres y los espectadores forman un círculo. Uno de los espectadores canta una canción, cuyo estribillo es repetido y seguido de palmoteos de manos. Los bailarines, con los brazos semilevantados, saltan y giran, se mueven para atrás y para adelante, se aproximan a dos pies los unos de los otros y retroceden cadenciosamente, hasta que el son del instrumento o el tono de las voces les advierte que deben acercarse. Entonces se golpean el vientre los unos a los otros, tres o cuatro veces seguidas, y se alejan saltando, para hacer los

mismos ademanes muy lascivos e indecentes. De cuando en cuando entrelazan los brazos, dan varias vueltas, continuando en golpearse el vientre y dándose besos, pero sin perder la cadencia” (véase Julián Mellet, *Viajes por el interior de la América Meridional*, pág. 80, Editorial del Pacífico, Santiago, 1959).

Otras diversiones populares eran las corridas de toros, las peleas de gallo, el rodeo y las carreras a caballo con topeaduras.

Costumbres: El pueblo chileno en 1810 comía bien. Era común tomar la sopa, seguida de la “olla podrida”, plato de carnes y legumbres de la estación. A modo de entremeses, se servían aceitunas, mantequilla, queso de Chanco, rábanos y atún. Un asado de lomo de buey, con ensaladas, completaba el almuerzo, el cual se cerraba con frutas, dulces y helados. La cena era más ligera. He aquí la descripción de la cazuela que hace Ruschenberg: “La cazuela se compone de gallina, papas, cebollas, zanahorias, tomates y huevo, todo hervido, siendo el conjunto bien aliñado con grasa, ají (una especie de pimiento) y un poco de ajo. Se derrite la grasa junto con el ají en una olla y se echa esto sobre el guiso al momento de servir. A pesar de la incongruencia de los materiales de que se compone, esta mezcolanza no es despreciada de ningún modo por un estómago vacío” (véase William S. W. Ruschenberg, *Noticias de Chile*, pág. 63).

En la clase alta era común almorzar 13 y 15 platos. Schmidtmeier contabilizó 52 platos en un almuerzo campesino del valle del Maipo, en la hacienda de los Marqueses de Casa Larraín. Estos almuerzos obligaban a tomar una prolongada siesta de digestión. Por la noche había sarao en los salones y fiesta en las chinganas. Otras entretenciones eran el billar y el juego de bolos. Durante las visitas se servía el mate en pocillo y bombilla de plata, cuya quemadura daba origen a gratos esparcimientos, especialmente cuando el “quemado” era un extranjero.

Notable fue la religiosidad del pueblo, sobre todo en la

clase alta. Misa de madrugada, rezo del ángelus a mediodía, bendición y acción de gracias en la mesa, rosario al caer la tarde, novenarios y plegarias antes de retirarse al descanso nocturno, constituían la rutina religiosa. Cada año, las damas hacían un retiro espiritual. Las jóvenes tenían un director de conciencia. No había familia en Santiago que no contara entre sus miembros a un clérigo, monje o religiosa de claustro. La festividad de Corpus Christi era evento nacional. A la procesión de ese día asistían el Jefe de Estado, autoridades civiles y militares y todo el pueblo.

A comienzos del siglo XIX la educación se extendió a las mujeres. Internados y colegios para señoritas fueron fundados en Santiago, Valparaíso y Concepción. Estos colegios estuvieron dirigidos por damas inglesas y francesas. La enseñanza consistía en idiomas, buenos modales, labores y rudimentos de historia, geografía y ciencias naturales. Algunos hacendados contrataban institutrices para la educación exclusiva de sus retoños.

Los viajes entre Santiago y Valparaíso se hacían a caballo cuando se viajaba solo, y en coches cuando el viaje se hacía en compañía de amigos o familiares. El viaje duraba 15 horas. Se pernoctaba en Casablanca cuando se iba al puerto; y en Curacaví cuando se venía a Santiago. Este sistema de viajes creó la institución de los capataces y peones, los cuales atendían a los pasajeros y auxiliaban a las mulas de tiro en las subidas y bajadas de cuestas.

EL LLAMADO A LAS ARMAS

Un país como era Chile en 1810 no contaba con ejército propio. El que existía era español y bien entrenado. Esto explica la duración de 8 años de la guerra y el fracaso de la Patria Vieja, 1810 - 1814. El primer esfuerzo de los patriotas consistió en dotar un ejército al costo que fuera. José Miguel Carrera tuvo en Yervas Buenas un ejército de 4.600 hombres. De éstos, sólo 1.100 tenían entrenamiento militar.

El ejército de O'Higgins en el sur totalizó 1.400 hombres, todos con experiencia militar. La batalla de El Roble se dio con 800 hombres y hubo bajas de 80 patriotas. En el desastre de Rancagua, O'Higgins y Luis Carrera dispusieron de 3.931 hombres, de los cuales 1.700 sabían pelear.

El virrey Abascal había embarcado 2.000 soldados desde Perú, al mando del almirante Antonio Pareja. Desde Concepción a Linares, Pareja reunió otros 3.000 soldados. Con 5.000 hombres bien entrenados para la guerra de que dispuso Osorio era imposible evitar la derrota de Rancagua. Mucho se ha polemizado sobre las causas del desastre que distanció a O'Higgins de Carrera. Se habla de mala estrategia, desobediencia y traición. Ni el ejército de Carrera, más los hombres de O'Higgins, hubiesen podido juntos hacer frente a la superioridad del enemigo.

San Martín esperó más de dos años para formar y entrenar al Ejército Libertador, con la colaboración de O'Higgins. En esta labor, Manuel Rodríguez jugó papel importantísimo, suministrando informaciones sobre la calidad y ubicación del ejército de Marcó del Pont.

El Ejército Libertador se equiparaba al ejército realista. He aquí su composición, tal como la describe Gabriel Lafond, viajero y testigo ocular de los hechos: tres batallones de infantería, con 200 oficiales y 2.800 soldados; un batallón de caballería, con 60 oficiales y 900 soldados. Para estos batallones se dispuso de 5.010 mulas de silla y 390 mulas de transporte. La Compañía de Zapadores tenía 1.200 milicianos y 1.980 mulas de silla. Para la caballería, Estado Mayor, oficiales y artillería se contó con 1.600 caballos. Diez cañones de 6 libras, dos obuses de cuatro pulgadas y media, cuatro piezas de montaña de cuatro libras, componían la artillería. Los 5.160 soldados fueron divididos en tres cuerpos. El brigadier Soler tuvo el mando de la vanguardia. El general O'Higgins comandó el cuerpo del centro. San Martín comandó la reserva. El Ejército Libertador partió de Mendoza en enero de 1817.

Las batallas de aquella larga guerra se dieron principalmente en la infantería, cuerpo a cuerpo. La caballería prestó valiosa ayuda a los combatientes, rompiendo el cerco enemigo. Los cañones y la artillería facilitaron en gran manera la acción bélica. Pero fue la infantería la que llevó el peso de la jornada y padeció el horror del combate.

EL DESFACEDOR DE LA RECONQUISTA

En 1810, el sentimiento de emancipación empezó a cristalizar paulatinamente. El país había vivido una larga guerra, la cual empezó con la llegada de los españoles. Entre ofensivas, retrocesos y revueltas fueron formándose la raza, el carácter y temperamento chilenos. Sin embargo en 1810 el deseo de los criollos era de gobernarse por sí mismos, bajo la soberanía de Fernando VII. A la mayor parte de los chilenos les tenía sin cuidado la monarquía. El rey estaba lejos y era relativamente fácil convertir a los gobernadores en aliados de los intereses patrios. En último término estaba el recurso de queja, que en el pasado había depuesto a varios gobernantes españoles.

Los partidarios de la Independencia eran pocos: Carrera, O'Higgins, Prieto, Freire, Irisarri, Rozas, Rodríguez. Fue durante la Patria Vieja cuando, poco a poco, la lucha por la emancipación adquirió carácter de guerra civil. La unificación de los ideales comunes fue lenta. Desde el comienzo hubo bandos irreconciliables. El gobierno de Martínez de Rozas estuvo controlado por la aristocracia. En seguida los *ochocientos* se adueñaron del poder. Durante la primera dictadura de Carrera hubo un atisbo de unión, debido a la alianza de Eyzaguirre, los Larraínes y la actitud de De la Lastra. La segunda dictadura de Carrera lapidó este estado de cosas, el cual culminó con el desastre de Rancagua.

El mérito de haber canalizado los anhelos de emancipación de 1810 corresponde a José Miguel Carrera en la Pa-

tria Vieja. El honor de haber liberado a Chile pertenece por igual a José de San Martín y Bernardo O'Higgins. Entre ambos eventos se sitúa La Reconquista, y en ella, el mérito exclusivo pertenece a Manuel Rodríguez. Sin la actuación del Guerrillero, probablemente la Independencia hubiera demorado todavía algunos años y la conducción de la guerra tal vez hubiera vuelto a manos de Carrera.

QUE VIENE GALOPANDO / MANUEL RODRIGUEZ

Nació el 25 de febrero de 1785, en la casa paterna que ocupó el número 27 en la calle Agustinas. Fueron sus padres don Carlos Rodríguez Herrera, administrador de la aduana de Santiago, y doña Loreto Erdoiza. Fue educado en el Colegio Carolino, que en el pasado había pertenecido a la orden jesuita y estuvo ubicado en el predio que actualmente ocupa el Congreso Nacional. Fue condiscípulo y amigo inseparable de José Miguel Carrera. Ambos adolescentes gustaron de pasar el rato en chinganas y fondas de diversión, en donde armaron peleas con los "godos", apelativo que el chileno dio al español y al criollo españolizante. En 1799 comenzó a estudiar leyes en la Universidad Real de San Felipe, antecesora de la Universidad de Chile y continuadora del Convictorio Francisco Javier, la Universidad jesuita de la Colonia. La Universidad Real de San Felipe ocupó el predio en donde se alza el Teatro Municipal.

En 1806, José Miguel Carrera se vio obligado a viajar a España, a causa de un sonado escándalo de faldas que protagonizó. Don Joaquín de Aguirre sorprendió en adulterio a su esposa doña Manuela Guzmán. José Miguel salvó con vida debido a la rapidez con que huyó del lecho de doña Manuela. Sus amigos lo despidieron con honores de "seductor", apodo que acompañó a este Padre de la Patria durante su breve existencia. Pablo Neruda escribió de él, llamándolo "príncipe de los caminos, hermoso como un clavel, embriagador como el vino, era don José Miguel". La des-

pedida se hizo en La Chimba, con abundante chacolí y movidos bailes. Rodríguez cantó y bailó en obsequio del amigo. La jarana terminó en pelea con los españoles concurrentes. Hubo que pagar los muchos daños materiales que, en el ardor de la refriega, los jóvenes ocasionaron al local.

En 1809, Manuel Rodríguez obtuvo el título de abogado. Al año siguiente participó en la deposición del Gobernador García Carrasco, hecho con el cual arranca el largo proceso de la emancipación nacional del dominio español. Fue elegido diputado por Talca, pero no fue recibido en el Congreso de ese año. Rodríguez y sus amigos se dedicaron a conspirar contra el gobierno. Faltaba el líder que aunara la rebeldía del grupo.

En julio de 1811 volvió al país José Miguel Carrera. Era el líder que los amigos de Rodríguez buscaban. El Guerrillero se asoció al movimiento revolucionario que triunfó el 4 de septiembre de aquel año y puso al frente del gobierno al inquieto José Miguel. El 9 de octubre de 1811, Rodríguez fue elegido diputado por Santiago. El 2 de diciembre, Rodríguez fue designado por Carrera secretario de gobierno.

Rodríguez colaboró con Carrera hasta 1813. La necesidad del momento era conseguir dineros para organizar el ejército. Carrera hizo negocios y se rodeó de familiares y representantes de la aristocracia. El propio Carrera pertenecía a una familia de abolengo. Esto le pareció a Rodríguez un absurdo social. Conspiró contra Carrera. Con sus amigos tramó el complot. Los revoltosos fueron apresados y condenados al destierro en la isla Juan Fernández. Entre los prisioneros estaba Manuel Rodríguez. La sentencia no se llevó a efecto. Por esos días, el almirante Antonio Pareja, enviado desde Perú por el virrey Abascal, había empezado a invadir el país desde Concepción. Carrera llamó a Rodríguez y le enrostró su ingratitud, haciéndole conocer el peligro de la invasión española. Rodríguez reconoció haber sido engañado por sus hermanos. Los amigos se reconciliaron y abrazaron.

ron. Rodríguez le dijo a Carrera en el abrazo: "José Miguel, somos amigos de ayer, de hoy y de siempre".

Carrera dejó el gobierno en manos de De la Lastra y marchó al sur a combatir a Pareja. Lo acompañó Rodríguez. Sucedieron los triunfos de Yerbas Buenas, San Carlos, Talcahuano, Penco y Concepción. Las envidias que produjo la arrogancia del joven Carrera obligaron a éste entregar el mando de las tropas a O'Higgins. Camino a Santiago, Carrera fue hecho prisionero por Gaínza y enviado a Chillán. Sin embargo, escapó. En Santiago, De la Lastra lo hizo buscar. Carrera se escondió de casa en casa. Rodríguez también lo ocultó.

El 23 de julio de 1813, Carrera derrocó a De la Lastra y de nuevo ocupó el mando supremo. Rodríguez fue designado otra vez secretario general de gobierno.

O'Higgins marchó sobre Santiago con ánimo de deponer a Carrera. Este mandó tropas para detener a O'Higgins, derrotándolo en Maipo, en el lugar llamado de Tres Acequias.

Entretanto, Osorio desembarcó pertrechos bélicos en el sur, enviados por el virrey del Perú. Carrera y O'Higgins depusieron sus diferencias de criterio y se unieron para atacar al invasor. Carrera envió a O'Higgins con instrucciones de esperar al enemigo en Paine. O'Higgins desobedeció y se atrincheró en Rancagua. Al conocer la noticia de la batalla, Carrera y Rodríguez avanzaron desde Santiago. Sin embargo, no pudieron impedir el desastre. La causa de la Independencia estaba amagada. Carrera y Rodríguez volvieron a Santiago y destruyeron toda documentación comprometedor. Camino a Mendoza, dieron la batalla de Ladera de los Papeles.

En 1814, ya en Mendoza, Rodríguez se dedicó a escribir panfletos revolucionarios que enviaba a Chile. Conoció a la mujer que fue su gran amor. Los biógrafos del Guerrillero guardaron su identidad en el misterio. Esta mujer lo hizo

valorar por San Martín, quien preparaba el Ejército Libertador.

O'Higgins jamás olvidó la afrenta de Rancagua. Ya en Chile y después en Mendoza no cesó de inculpar a Carrera la causa del desastre y lo malquistó frente a San Martín. El 30 de octubre de 1814, San Martín hizo apresar a los hermanos Carrera, pasando por encima el hecho de ser José Miguel el gobernante de Chile en el exilio. El 3 de noviembre, José Miguel y sus hermanos partieron hacia Buenos Aires. Rodríguez y Carrera no volverían a encontrarse en el futuro.

En junio de 1815, San Martín confidenció a Rodríguez el plan para entrar a Chile. Rodríguez aceptó ser el enviado de San Martín.

Una mañana, Rodríguez se divertía con la amante de José Miguel que lo había seguido desde Santiago. El Guerrillero armó una gresca y fue apesado. Se hizo correr la noticia de que había sido fusilado. Rodríguez marchó a Santiago. Lo hizo a pie, valiéndose de un paso conocido por el arriero Juan Estay, incondicional servidor de San Martín. Este paso de los Andes forma parte de la leyenda del Guerrillero. Hay quienes lo sitúan en Los Patos o en El Toro. Juan Estay se transformó en el correo de Rodríguez.

La misión de Manuel Rodríguez en Santiago consistió en informar del estado bélico en que se encontraba el gobierno español y señalar la estrategia del ataque. Pero Manuel Rodríguez hizo más. Amaba a Chile por sobre todas las cosas. Se transformó en el agente cristizador de la independencia del país, en el incendiario que hizo arder en el pueblo la llama de la libertad.

CRUZANDO POR SAN FERNANDO / AMANECIENDO EN POMAIÉ

La leyenda ha hecho aparecer al Guerrillero como "el

hombre de los mil rostros”, y fue así. Se disfrazó de portador, de limpiador de acequias, de viajero, de fraile y de muchos otros tipos humanos. Tomó contacto con los patriotas y se informó sobre el modo como Marcó del Pont, el último gobernador español de la Colonia, había fortificado el país. A fines de ese año, Rodríguez envió a San Martín un informe completo de la situación: número de barcos españoles y su ubicación en el litoral, cantidad de soldados y armamento, número de ejércitos y lugares de desplazamiento.

De noche, se ocultaba en el convento de los dominicos. De día se disfrazaba y pedía limosna. Temiendo ser descubierto y para no causar daño a los frailes, se refugió en diversos lugares. Continuamente cambiaba de personalidad. Merodeó la casa del gobernador. Se cuenta que una mañana abrió la portezuela del coche y ayudó a bajar al gobernador. Marcó del Pont agradeció el gesto, dándole algunas monedas.

En 1816, Rodríguez tenía insurreccionado a Santiago y el sur. Su cabeza fue puesta a precio. El Guerrillero crecía en popularidad en el afecto del pueblo. Nadie lo delató. Enamoró a Cándida, sirvienta de Marcó del Pont. Por ella conoció lo que sucedía en la casa de gobierno. También enamoró a una española, vecina del cerro Monserrat, a fin de conocer lo que sucedía en la parte española. Con ella visitó Quilicura, Renca, Conchalí, La Palmilla y la hacienda Chicureo. Anotaba todo lo relacionado con el estado bélico español y hacía proselitismo entre los patriotas.

En sus andanzas conoció a Carmen Mardones, quien se enamoró del Guerrillero. El padre de Carmen era amansador de caballos. La mujer convenció a éste para que colaborara con la causa de la independencia. Carmen acompañó a Manuel a todas partes. Juntos iban a chinganas, el lugar de reunión de los patriotas. Carmen bailaba, ofrecía vino y enardecía a los santiaguinos con su gracia de enamorada del ideal de hombre encarnado en el Guerrillero.

Rodríguez estableció un grupo de dobles o sosías. De

esta manera se multiplicó y desorientó a los españoles que lo buscaban para matarlo. En estas correrías supo que su amigo entrañable, José Miguel Carrera, el 15 de noviembre de 1816 había dejado Buenos Aires y marchado a Estados Unidos en busca de naves, armas y técnicos. Rodríguez estableció residencia en Melipilla. De allí salía para El Paico, San Francisco de Mostazal, El Monte, Pomaire, Llolleo, San Fernando, Tinguiririca, Chimbarongo, Rancagua, San Bernardo y Santiago. Creó legiones de seguidores incondicionales y formó quintas columnas entre los españoles. Los Montoneros fueron invención suya. Ese mismo año estalló en Santiago el levantamiento contra el poder español. A este esfuerzo de Rodríguez se debió más del ochenta por ciento del éxito que tuvo San Martín en su expedición libertadora.

Los realistas estaban desconcertados. Apresaban a falsos Rodríguez. Los sosías crecían en número alarmante. La provincia de Colchagua se sumó al levantamiento de Santiago.

El 12 de septiembre de 1816, Marcó del Pont envió a Quintanilla con encargo de seguir y apresar a Rodríguez. Dos meses de infructuosa persecución hicieron que el Gobernador publicara un bando ofreciendo mil pesos oro a quien entregara vivo o muerto a Rodríguez. Quintanilla estaba furioso. Rodríguez escribía de su puño y letra en los ejemplares del bando el apelativo DON, omitido en el texto. Cuando Rodríguez era buscado en el sur, éste aparecía en Santiago, y viceversa. Cuando se creía tenerlo cercado en la cordillera, se tenía noticia que había sido visto en la costa.

Rodríguez trabó amistad con los bandidos Neira, amigos de San Martín, con Cenizo, el Astete y Juan Godomas. San Martín retrasaba el ingreso a Chile. Rodríguez perdió la paciencia. Desató la guerrilla contra Marcó del Pont y su segundo, el historiado San Bruno. El 12 de enero de 1817, Rodríguez atacó San Fernando, dirigiendo a los Montoneros. La estrategia consistió en hacer creer a los españoles que eran atacados por un gran ejército, para lo cual hizo arras-

trar por los caballos sacos llenos de piedras, y así entró a la ciudad. El estruendo conseguido era semejante al de un ejército. En San Fernando estableció el cuartel de operaciones.

El 15 de febrero de 1817, San Martín llegó a Santiago y obtuvo las primeras victorias, derrocando a Marcó del Pont. San Martín ordenó a Rodríguez perseguir al Gobernador, que huía hacia San Antonio. Así lo hizo, persiguiendo a su vez a los criollos que en el pasado se negaron a colaborar con él en la causa de la emancipación. Marcó del Pont vio la causa perdida y rindió su espada a San Martín. El Libertador lo hizo conducir a Mendoza y confinarlo en San Luis. El último gobernador del Reino de Chile murió en Luján, cerca de Buenos Aires, poco después de los sucesos de 1819, en los cuales no tuvo arte ni parte.

El 3 de marzo de 1817, Rodríguez llamó a Cabildo Abierto, removió la autoridad e hizo saber al pueblo de Santiago que José Miguel Carrera volvía a Chile a hacerse cargo del gobierno. Este hecho molestó a O'Higgins. Oyendo el parecer de algunos argentinos, el general hizo apresar a Rodríguez. El hecho sucedió en la plaza de San Fernando, donde el Guerrillero descansaba tomando el sol. No pudo huir. O'Higgins lo recibió en su despacho y le dijo: "Usted es perjudicial para Chile. Váyase a Estados Unidos o Europa". Rodríguez respondió que no marcharía al destierro. O'Higgins lo hizo conducir a Valparaíso, a fin de embarcarlo. Rodríguez escapó. San Martín intercedió ante O'Higgins. Prometió enviarlo a la Argentina. El Libertador le ofreció una diputación por Buenos Aires. Rodríguez declinó tal honor.

El 17 de noviembre de 1817, Rodríguez fue puesto en libertad. El 13 de diciembre, San Martín lo nombró auditor general del Ejército en el sitio de Las Tablas. Fue destituido del cargo el 7 de febrero de 1818. San Martín lo conminó a que partiera a Buenos Aires, a hacerse cargo de la diputación ofrecida. Rodríguez se sometió y solicitó despedirse de sus muchas amistades y amoríos. En esto gastó algunos días.

Fue cuando sucedió el desastre de Cancha Rayada (marzo de 1818). Rodríguez se hizo cargo de la situación. El pueblo de Santiago exigió que el poder fuera ejercido por Rodríguez y De la Cruz. Así sucedió. Manuel Rodríguez fue Director Supremo de Chile desde las dos de la tarde del 23 de marzo hasta la madrugada del día 24, momentos en que O'Higgins volvió a Santiago. En este breve mandato, Rodríguez se hizo cargo de la situación angustiosa y marchó en dirección sur, deteniendo a los que huían con la frase: "Aún tenemos Patria, ciudadanos".

El 5 de abril de 1818, O'Higgins y San Martín ganaron la batalla de Maipú, sellando la Independencia de Chile. El pueblo de Santiago, agradecido a San Martín, lo eligió Director Supremo. El Libertador agradeció el gesto y declaró ser O'Higgins el único digno de regir los destinos de la nueva República.

EN TILTILO LO MATARON / LOS ASESINOS

Rodríguez continuó su campaña en favor del exiliado José Miguel Carrera. Se le acusó de preparar un golpe de Estado para derrocar a O'Higgins.

El 11 de abril de 1818, O'Higgins hizo traer a su presencia al Guerrillero y le dijo: "Rodríguez, es la segunda vez que me encuentro con usted..." Rodríguez lo interrumpió, replicando: "No es culpa mía, señor, si la libertad por la cual tanto luchamos todavía no es realidad". Y se marchó de su presencia.

Algunos días antes, el 8 de abril, habían sido fusilados en Mendoza Luis y Juan José Carrera. El 17 de abril hubo Cabildo Abierto en Santiago para analizar el asesinato de los Carrera. Se nombró una comisión para hablar con O'Higgins. En medio de la reunión se presentó Rodríguez y exclamó, delante de O'Higgins: "¡Muera el tirano! ¡Por la libertad de la Santa Patria! ¡Criminal de los Carrera!"

O'Higgins hizo arrestar a Rodríguez. Se le siguió suma-

rio por no haber acatado la orden de disolución de los Húsares de la Muerte y no haber devuelto las armas. Se le mantuvo preso en el cuartel de Cazadores Los Andes.

El 29 de abril de 1818, Rodríguez consiguió que un oficial español le permitiera salir por las noches, a fin de ver a sus amistades femeninas en la ciudad. Prometió volver de madrugada. Así lo hizo. Noche a noche, el Guerrillero vestía de civil y salía a sus andanzas amorosas. ¿Qué tramaba Rodríguez? Las salidas nocturnas fueron interrumpidas el 25 de mayo. Ese día fue notificado que el regimiento se trasladaba a Quillota. Luego se supo que sólo un batallón sería trasladado. Por el trayecto se enteró de que iban con él sólo oficiales. Entre ellos marchaba el tristemente célebre teniente español Antonio Navarro.

En la madrugada del 26 de mayo de 1818, el grupo se encontraba en las cercanías de Tiltil, en la explanada que lleva por nombre Cancha del Gato. Los hechos jamás fueron aclarados. Navarro disparó a quemarropa sobre Manuel Rodríguez, hiriéndolo en el cuello. El Guerrillero cayó del caballo. Navarro le partió la cabeza de un culatazo. El alazán que montaba Rodríguez no se movió del lugar. El cadáver de Manuel Rodríguez fue arrastrado por los pies y echado desnudo en una fosa a medio abrir en el cementerio de indios. El batallón siguió la marcha hacia Quillota.

Cinco días estuvo el cadáver de Manuel Rodríguez expuesto al sol, el viento y la voracidad de los animales. El 1º de junio de 1818, tres amigos del Guerrillero recogieron el cadáver, lo llevaron a la capilla de Tiltil y lo sepultaron bajo el piso del presbiterio, juramentándose de guardar el secreto, a fin de evitar una profanación por parte de los enemigos del héroe.

Los amigos que enterraron el cuerpo del Guerrillero fueron Tomás Valle, Hilario Cortés y José Serey. Al morir Valle, dejó escrito a sus hijos: "Si alguna vez se busca los restos mortales de Manuel Rodríguez, sépase que fueron sepultados por mí en el presbiterio de la capilla de Tiltil".

Conocido el asesinato de Manuel Rodríguez, el pueblo de Santiago exigió un sumario. El Gobierno accedió. Aquello fue una farsa. El asesino quedó exonerado definitivamente el 28 de abril de 1823 y se le permitió salir del país. En la causa, alegó que Manuel Rodríguez intentó matarlo y no tuvo más remedio que disparar en defensa propia.

Los restos de Manuel Rodríguez fueron exhumados el 10 de junio de 1894 y traídos a Santiago.

JUICIO DE LA HISTORIA

El mártir de Tiltil fue un héroe aislado. Los carrerinos lo utilizaron como el mejor instrumento al servicio de su caudillo José Miguel Carrera. No perteneció a la aristocracia santiaguina ni militó en la todopoderosa Logia Lautarina. Muchos quisieron matarlo. San Martín hizo lo posible por salvarlo, pues le debía señalados servicios. En opinión del historidor Francisco Antonio Encina, “pocas veces un hombre hizo más por salvar a un condenado, y pocas veces una víctima se negó con igual obstinación a dejarse salvar (véase *Historia de Chile*, Vol. VIII, pág. 550). Lo que nadie duda es que la Logia Lautarina, en donde militaba O’Higgins, lo condenó a morir. ¿Por qué todo esto? El asesino Navarro no pudo alejar de sí la acusación de que había procedido cumpliendo órdenes.

CAMINO DEL GUERRILLERO

Han transcurrido más de 150 años desde el asesinato de Manuel Rodríguez. Narra la tradición que el Guerrillero poseía temperamento liviano y estaba adornado de simpatía natural. Era descontrolado en generosidad. Solía decir que “a la mujer es necesario ganarla con atenciones y obsequios; a los hombres, con dinero y sentimientos”. Fue gran bailarín y animador de fiestas, en donde tocaba la guitarra y can-

taba con voz bien timbrada. No se casó, aunque fue gran amante. Gustaba concurrir a corridas de toros, peleas de gallos y carreras con topeaduras a la chilena. Manuel Rodríguez encarnó un arquetipo de héroe, único en la historia de América. Guerrilleros ha habido en México, Venezuela, Cuba, Colombia y en los demás países del continente. Ninguno se parece a Manuel Rodríguez. Las circunstancias que motivaron su actuación no se repitieron en las otras gestas libertadoras. Cuando todo estaba perdido, Manuel Rodríguez encendió el patriotismo en los chilenos y revolvió a Chile de un modo que ni el diablo pudo entenderlo. Son sus palabras. De hecho, porque amó a la Patria por sobre todas las cosas, materialmente inculcó el germen de la libertad en sus contemporáneos.

Manuel Rodríguez constituye lo que en psicología se llama "personalidad límite". Es el Guerrillero que encendió la revolución. Los grandes hombres son amantes extraordinarios. Manuel Rodríguez fue a la vez amante, esposo, padre e hijo. Cuatro posibilidades que caben a los nacidos en el territorio patrio. Cuatro oficios que el hombre ejercita a lo largo de su vida. Cuatro manifestaciones del eterno masculino que, sumado al eterno femenino, forman el binomio de la especie sobre el planeta.

Las personalidades límite actúan sometidas a gran presión del medio circundante. En Manuel Rodríguez, esta presión provino de la presencia española en el país, personalizada en Marcó del Pont y su segundo, el odiado San Bruno. El último gobernador del Reino era el negativo de Manuel Rodríguez: todo aquello que él no era, lo que él aborrecía y aquello que jamás podría ser.

La actividad de Manuel Rodríguez durante la Reconquista se asemeja a los actos de una epopeya dramática. Su deambular inquieto constituyó la gran intención de todo chileno bien nacido: libertar a la Patria, encadenada a la servidumbre extranjera. En la contrapartida de este anhelo estaba la voluntad del invasor de mantener el estado de cosas, a

modo de contraintención asimismo dramática. El choque resultó inevitable. La carencia de ejército obligó a Manuel Rodríguez a desplegar una acción fantasma. Su personalidad de mil rostros obedeció a la necesidad imperiosa de hostilizar, ridiculizar y exasperar al enemigo, inmensamente superior y poderoso. Fue un hombre solitario luchando contra un ejército bien entrenado. Los realistas jamás consiguieron apresarle, en algo más de dos años de actividad guerrillera.

El asesinato de Manuel Rodríguez es injusto e irritante. Los responsables del hecho de sangre y aquellos pundonorosos, autonominados para salvaguardar el prestigio de las figuras históricas, se encargaron de borrar toda prueba acusatoria, comprometedora o simplemente dudosa. La existencia del Guerrillero fue segada a la temprana edad de 33 años, cuando su genio había madurado y su presencia era necesaria en otros lugares de América. Los grandes hombres se deben primero a la Patria, en seguida al continente en donde ésta se encuentra arraigada, por último a la humanidad.

La historia está llena de personalismos retardatarios del proceso evolutivo de las naciones, los continentes y la especie. Las personalidades límite no se repiten. Ellas son producto de una multitud de causas imposibles de reeditar en el tiempo. Perder o malograr una de estas personalidades es crimen que trasciende a una nación y afecta a la totalidad de la especie. De hecho, si Manuel Rodríguez y José Miguel Carrera hubiesen tenido la oportunidad de desarrollar el sino histórico, la consolidación de la independencia de América hubiera sido más rápida y con mayores frutos. En la proyección de los hechos, el sueño de Bolívar se observa presente en la mente de estos grandes hombres, como también estaba presente en la visión de O'Higgins, San Martín y Sucre. ¿Por qué entonces se produjo el aniquilamiento de un Guerrillero y de un Visionario como fueron Rodríguez y Carrera?

Las pruebas fueron destruidas. De José Miguel Carrera

quedó el mutismo con el cual presencié el proceso a que fue sometido lejos de la Patria. Fue juzgado con una ley humana que no correspondía a su sino histórico. Fue condenado por crímenes que otros habían cometido. Su único delito consistió en hacer lo imposible por volver a la Patria y trabajar por engrandecerla. A Manuel Rodríguez ni siquiera se le concedió la gracia de un proceso. Fue asesinado a traición, con una bala disparada a quemarropa y ultimado a culatazos.

Esta reflexión lleva a considerar una realidad hasta ahora resistida. La historia de Chile ha sido redactada en términos antropomórficos. Se la considera el desarrollo de un proceso en la persona de los hombres preclaros. En realidad, la historia de Chile, como la historia de cualquier nación, es el desarrollo de la vida de un pueblo, en el conglomerado de pueblos existentes; los cuales, sumados, constituyen la humanidad. En este desarrollo, los grandes hombres son el catalizador que produce el cambio evolutivo, la mutación local de la especie. Esta mutación se comunica al todo que es la humanidad, materializándose la evolución de la especie.

Los grandes hombres son el obsequio de la naturaleza a una nación. En ellos se manifiesta la vida. De ahí la injusticia que significa retirar a éstos, impidiéndoles el desarrollo del sino histórico: hacer avanzar la humanidad, en una porción determinada de la tierra como son las naciones.

Manuel Rodríguez ha sido llamado indistintamente “El Guerrillero” y “El Patriota”. Durante el breve tiempo de su actuación fue lo uno y lo otro. Un tercer calificativo sintetiza ambos roles vividos por Manuel Rodríguez: “El Rebelde”.

Esta cualidad de su temperamento lo humaniza y entronca con la esencia de la chilenidad. Antes de la llegada de los españoles, el pueblo que habitaba el territorio de Chile fue rebelde. Rechazó al inca, el invasor venido del norte. Desde 1535, año del arribo de Almagro, y hasta 1773, año del tratado que puso límites al dominio español,

el pueblo araucano fue rebelde. Durante la emancipación, la raza nueva nacida de dos troncos raciales distintos y formada en la guerra fue rebelde. "Vencer o morir" fue el grito de guerra de Lautaro, el joven toqui de Arauco. Esta misma rebeldía quedó consignada en la Canción Nacional, en los himnos a la Patria: "o la tumba serás de los libres, o el asilo contra la opresión". El grito de Manuel Rodríguez "Aún tenemos Patria, ciudadanos" es de idéntico cuño.

De los varios tipos humanos que configuran el rostro multifacético de Chile, dos sobresalen por la rebeldía de carácter: el campesino y el minero. La naturaleza ha sido pródiga en dones de clima y minerales. Sin embargo, la agricultura y la minería han estado marcadas de esfuerzo y dolor. La tierra de Chile entrega sus frutos sólo después de mucho esfuerzo y sacrificio. Por esta razón, Chile produjo en el pasado excelentes soldados, héroes y figuras sobresalientes en las letras, las ciencias y el pensamiento. Tal vez en Manuel Rodríguez la cualidad rebelde del temperamento chileno se dio en forma pura y desinteresada. De ahí el afecto que todos sienten por su figura y destino histórico.

BIBLIOGRAFIA

- Francisco Antonio Encina, *Historia de Chile*, Vols. VII y VIII, Editorial Nascimento, Santiago, 1947.
- Ricardo Latcham, *Vida de Manuel Rodríguez*, Editorial Nascimento, Santiago, 1932.
- Antonio Ondarza, *Manuel Rodríguez, el caudillo popular*, Ediciones Arcos, Santiago, 1966.
- William S. W. Ruschenberg, *Noticias de Chile*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1956.
- Julián Mellet, *Viajes por el interior de la América Meridional*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1959.
- María Graham, *Diario de mi residencia en Chile en 1822*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1956.
- Gabriel Lafond de Lurcy, *Viaje a Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1970.
- Peter Schmidtmeier, *Viaje a Chile a través de los Andes*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1947.

OBRAS EDITADAS POR PUBLICACIONES PELDAÑO

1. Todos los Premios Nacionales de Literatura. De 1942, Augusto d'Halmar, a 1972, Edgardo Garrido Merino. (Tres ediciones).
2. Los tres Premios Nóbel de Literatura de América Latina: Gabriela Mistral, Miguel Angel Asturias, Pablo Neruda.
3. Los Presidentes de Chile. De Mateo de Toro y Zambrano a Salvador Allende Gossens. (2ª edición en prensa).
4. Manuel Rodríguez. Biografía de un Rebelde.
5. Bernardo O'Higgins. El difícil camino del hombre-prócer.

PEDIDOS DE EJEMPLARES

PUBLICACIONES PELDAÑO

Echeñique 7331
Teléfono 264563
Santiago de Chile

del chileno. Manuel Rodríguez ha sido llamado indistintamente “El Guerrillero” y “El Patriota”. Durante el breve tiempo de su actuación fue lo uno y lo otro. Un tercer calificativo sintetiza ambos roles vividos por Manuel Rodríguez: “El Rebelde”. Esta cualidad de su temperamento lo humaniza y entronca con la esencia de la chilenidad.

Siempre presente en el corazón de los chilenos, el Presidente de la República firmó en Mayo de 1973 un Decreto Supremo por el cual se fijan las normas para el funcionamiento y otorgamiento de la Orden al Mérito del Trabajo “Manuel Rodríguez”. Es éste un nuevo y muy significativo homenaje a un guerrillero insigne, y el más destacado, audaz, ingenioso, decidido y capaz, que con desprecio casi temerario de su vida labró la libertad de Chile.

La simpática figura del indócil Manuel Rodríguez es querida por el pueblo. De una manera u otra, cada chileno que ama a la Patria y desea su engrandecimiento se ve reflejado en el Guerrillero, en el Rebelde. De un Rebelde con noble causa, de noble corazón y que luchaba con limpias armas.

La mejor expresión de Manuel Rodríguez es su estatua que se alza al comienzo del Parque Bustamante, en Santiago. La desaparecida escultora Blanca Merino inmortalizó en el bronce la legendaria figura del Rebelde. El héroe, caballero en el viento, es un dardo encendido. No lleva espada. En la mano derecha empuña la antorcha de la libertad. Tanto su figura como el brioso alazán son un grito de emancipación.

Los ecos del “Aún tenemos Patria, ciudadanos” no se extinguen ni se extinguirán. Chocan contra la Gran Muralla de los Andes y vuelven, raudos, al Océano Pacífico a fundirse con el rumoroso zumbido de las olas, bronco e inquietante a veces en su permanente deseo de avanzar. A través de Chile se extienden esos retumbantes ecos con su claro mensaje de entereza, serenidad y confianza en el futuro.